

— Estaré pronto cuando me avises, dijo, y le besó la mano sin añadir una palabra, por no hacer desbordar la amargura de su corazón.

Andrea, después de hacer los primeros preparativos, se retiró á su cuarto donde recibió este billete de Felipe :

« Puedes ver á nuestro padre á las cinco de la tarde. Es indispensable te despidas de él, pues de lo contrario gritaría : « ¡ abandono, mal proceder ! »

Andrea respondió :

« Á las cinco estaré en el cuarto del señor de Taverney y en traje de camino. Á las siete podemos estar en San Dionisio. ¿ Me concederás tu coche ? »

Por toda respuesta Felipe gritó por su ventana, que estaba bastante inmediata al aposento de Andrea para que ésta pudiera oírle :

— « Á las cinco estarán enganchados los caballos. »

CAPÍTULO IV.

UN MINISTRO DE HACIENDA.

Hemos visto que la reina, antes de recibir á Andrea, había recibido un billete de madama de La Motte, y que se había sonreído.

Ese billete sólo contenía estas palabras con todas las fórmulas posibles de respeto :

« ... Y V. M. puede estar segura de que se le hará crédito, y de que la mercancía será entregada de confianza. »

De consiguiente la reina había sonreído y quemado el billete de Juana.

Cuando se había puesto un poco sombría con la sociedad de Mlle de Taverney, se presentó madama de Misery á anunciarle que M. de Calonne aguardaba el honor de ser admitido á su presencia.

No será inoportuno explicar al lector este nuevo personaje ; pues aunque la historia se lo haya hecho conocer, la novela, que traza con menos exactitud las perspectivas y

los grandes rasgos, da quizás un detalle más satisfactorio á la imaginación.

M. de Calonne era un hombre de talento, y hasta de un talento extraordinario, que saliendo de esa exageración del último medio siglo poco habituado á las lágrimas, aunque razonador, había tomado su partido en la desgracia suspendida sobre la Francia, mezclaba su interés al interés común, decía como Luis XV: Después de mí el fin del mundo, y buscaba por todas partes flores con que engalanar su último día.

Era entendido en negocios y hombre de valor, y cuanto había de mujeres ilustres por su talento, su riqueza y su hermosura, lo había cultivado con homenajes semejantes á los que tributa la abeja á las plantas cargadas de aromas y jugos.

La conversación de siete ú ocho hombres y diez ó doce mujeres era á la sazón el resumen de todos los conocimientos. M. de Calonne había podido calcular con d'Alembert, razonar con Diderot, zumbarse con Voltaire, extasiarse con Rousseau. En fin había sido bastante fuerte para reirse en sus barbas de la popularidad de M. de Necker.

Habiendo Calonne observado bien por todas sus caras á M. Necker, al sabio y profundo, cuya publicación del estado de la Hacienda había parecido ilustrar á toda la Francia, había acabado por hacerle ridículo á los ojos de los mismos que más le temían, y la reina y el rey, á quienes este nombre hacía estremecer, sólo habían podido acostumbrarse, temblando, á oír hablarlo á un hombre de Estado, elegante y de buen humor, que para responder á tantos guarismos hermosos, se contentaba con decir: ¿Á qué viene el probar que no se puede probar nada?

En efecto, Necker sólo había probado una cosa, la imposibilidad en que se hallaba de seguir administrando la Hacienda. M. de Calonne aceptó esta administración como una carga harto ligera para sus hombros, y desde el primer momento se pudo decir que se dobló bajo su peso.

¿Qué quería M. Necker? Reformas. Estas reformas parciales espantaban á todos, porque había pocos que pudiesen ganar con ellas, y lo que ganaban era muy poca cosa, mientras, por el contrario, eran muchos los que perdían y perdían demasiado. Cuando Necker quería hacer un justo reparto de contribución, cuando quería que las tierras de la nobleza y los bienes del clero pagasen un impuesto, indicaba brutalmente una revolución imposible. Fraccionaba la nación y la debilitaba de antemano, cuando habría sido preciso concentrar todas sus fuerzas para conducirla á un resultado general de renovación.

Necker señalaba este objeto, y lo hacía imposible de alcanzar por lo mismo que lo señalaba; porque ¿no es exponerse á la oposición de los interesados el hablar de una reforma de abusos á los que no quieren que estos sean reforma? ¿Se debe advertir al enemigo la hora en que ha de darse el asalto á una ciudad?

Eso es lo que Calonne había comprendido, y en esto era un amante más verdadero de la nación que el ginebrino Necker; más amante, decimos, en cuanto á los hechos consumados, porque, en vez de prevenir un mal inevitable, Calonne aceleraba la invasión del azote.

Su plan era atrevido, gigantesco y seguro; se trataba de arrastrar en dos años hacia la bancarrota al rey y á la nobleza, que la habrían retardado diez; y luego, declarada la

bancarrota, decir: Ahora, ricos, pagad por los pobres, porque tienen hambre y devorarán á los que no los alimenten.

¿Cómo no vió el rey desde luego las consecuencias de ese plan, ó ese mismo plan? ¿Cómo él, que se había estremecido de rabia al leer el estado de la Hacienda, no se estremeció adivinando la intención de su ministro? ¿Cómo no eligió entre los dos sistemas, y prefirió dejarse ir á la ventura? Esa es la única cuenta real que Luis XVI, hombre político, tiene que arreglar con la posteridad. Ese era el famoso principio al que se opone siempre todo el que no tiene bastante poder para cortar el male cuando es inveterado.

Pero, para que de ese modo se hubiese hecho mas tupida la venda delante de los ojos del rey; para que la reina, tan perspicaz y tan clara en sus observaciones, se hubiese mostrado tan ciega como su esposo sobre la conducta del ministro, la historia (más bien debiéramos decir la novela) va á darnos algunos pormenores indispensables.

M. de Calonne entró en el cuarto de la reina.

Era un hombre hermoso, alto y de nobles modales, y sabía hacer reír á las reinas y llorar á sus queridas. Bien seguro de que María Antonieta le había llamado para alguna necesidad urgente, llegaba con la sonrisa en los labios. Otros muchos se habrían presentado con un semblante ceñudo para doblar después el mérito de su consentimiento.

La reina se mostró también muy amable, mandó al ministro tomar asiento, y principió por hablar de mil cosas indiferentes. Luego dijo:

— ¿Tenemos dinero, querido M. de Calonne?

— ¿Dinero? repitió M. de Calonne. ¡Pues no lo hemos de tener, señora! Nosotros lo tenemos siempre.

— Eso es maravilloso, replicó la reina; jamás he conocido uno como vos para responder de ese modo á las peticiones de dinero; como rentista sois incomparable.

— ¿Qué suma necesita Vuestra Majestad? repuso M. de Calonne.

— Primeramente os ruego que me expliquéis cómo habéis hecho para hallar dinero en donde M. de Necker decía con tanta seguridad que no lo había.

— M. de Necker tenía razón, señora; no había dinero en las arcas reales; y eso es tan cierto que el día de mi advenimiento al ministerio (el 8 de noviembre de 1783, esas son cosas que no se olvidan, señora), al examinar el tesoro público, no hallé en caja más que dos sacos de á mil doscientas libras. No había un ochavo menos.

La reina se echó á reír.

— ¡Y bien! dijo.

— Y bien, señora; si M. de Necker, en vez de decir: No hay dinero, se hubiese puesto, como yo lo he hecho, á tomar en empréstito cien millones el primer año, y ciento veinte el segundo; si él estuviese seguro, como yo lo estoy, de un nuevo empréstito de ochenta millones para el tercero, M. de Necker habría sido un buen rentista. Todo el mundo puede decir: No hay ya dinero en las arcas; pero no todos saben responder: Lo hay.

— Eso es lo que yo os decía, y por lo que os felicitaba. ¿Y cómo se ha de pagar? he ahí la dificultad.

— ¡Oh! señora, yo os respondo de que se pagará, respondió Calonne con una sonrisa cuya honda y

espantosa significación ningún ojo humano podía medir.

— Descanso en vos, dijo la reina, pero prosigamos hablando de hacienda, pues con vos es una ciencia llena de interés: en los otros es un espino, en vos es un árbol frutal.

Calonne se inclinó.

— ¿Habéis concebido algunas ideas nuevas? preguntó la reina. Os ruego que si las habéis concebido, me deis la primicias.

— Señora, he concebido una idea que va á meter veinte millones en el bolsillo de los franceses, y siete ú ocho millones en el vuestro... perdonad, quiero decir en el de S. M.

— En ambos bolsillos vendrán á las mil maravillas. ¿Y por qué medio vendrán?

— ¿V. M. no ignora que la moneda de oro no tiene igual valor en todos los estados de Europa?

— Lo sé. En España el oro es más caro que en Francia.

— Vuestra Majestad tiene perfectamente razón, y es un placer hablar de hacienda con vos. De cinco á seis años acá, el oro vale en España diez y ocho onzas más por marco que en Francia. De ahí resulta que los exportadores ganan en un marco de oro llevado de Francia á España el valor de catorce onzas de plata con escasa diferencia.

— ¡Es una ganancia considerable! dijo la reina.

— Tan considerable, prosiguió el ministro, que si los capitalistas supiesen lo que yo sé, en un año no quedaría en Francia un luis de oro.

— ¿Vais á impedir su exportación?

— Inmediatamente, señora; voy á subir el valor del oro á quince marcos cuatro onzas, una décimaquinta parte de beneficio. V. M. comprenderá que en cuanto se sepa que en la Casa de Moneda se da ese premio á los portadores de oro, no quedará un solo luis en los cofres. De consiguiente se hará la refundición de esa moneda, y en cada marco de oro, que ahora contiene treinta luises, nos hallaremos treinta y dos.

— ¡Beneficio presente, beneficio futuro! exclamó la reina. Esa es una idea maravillosa y que hará furor.

— Así lo creo, señora, y tengo la mayor satisfacción en que haya merecido tan completamente vuestra aprobación.

— Concedid siempre ideas como esa, y entonces estoy bien segura de que pagaréis todas nuestras deudas.

— Permitidme, señora, que volvamos á lo que deseáis de mí, dijo el ministro.

— ¿Sería posible tener en este momento?...

— ¿Qué suma?

— ¡Oh! quizás es excesiva.

Calonne se sonrió de un modo que alentó á la reina, quien dijo:

— Quinientas mil libras.

— ¡Ah! señora, exclamó el ministro, ¡cuánto me ha asustado V. M.: Yo creía que se trataba de una suma que mereciese ese nombre.

— ¿Según eso estáis en disposición de darla?

— Seguramente.

— Sin que el rey...

— ¡Ah! señora, he ahí lo que es imposible; porque to-

das mis cuentas son sometidas á la aprobación del rey cada mes ; pero no hay ejemplo de que el rey las haya leído, y yo me honro de ello.

— ¿ Cuándo podré yo contar con esa suma ?

— ¿ Qué día la necesita V. M. ?

— El 5 del mes próximo.

— El 2 se aprobarán las cuentas ; el 3 tendréis vuestro dinero, señora.

— Gracias, M. de Calonne.

— Mi mayor felicidad está en complacer á V. M. Así, la suplico que no se ande en miramientos con mi caja, pues eso será un placer de amor propio para su ministro de Hacienda.

M. de Calonne se había levantado y saludado con amabilidad, y la reina le dió su mano á besar.

— Dos palabras aún, dijo la reina.

— Estoy á vuestras órdenes, señora.

— Ese dinero me cuesta un remordimiento.

— ¡ Un remordimiento ! repitió el ministro.

— Sí, porque es para satisfacer un capricho.

— ¡ Tanto mejor, tanto mejor ! De ese modo, esa suma dejará á lo menos una mitad de verdadera ganancia á nuestra industria, á nuestro comercio ó nuestros placeres.

— En realidad, es cierto, murmuró la reina, y vos tenéis un modo encantador de consolarme.

— ¡ Looado sea Dios ! Señora, no tengamos nunca otros remordimientos que los de V. M., y nos irémos derechos al Paraíso.

— Es que, ya veis, M. de Calonne, sería para mí demasiado cruel el hacer al pobre pueblo pagar mis caprichos.

— Pues bien ; no tengáis esos escrúpulos, señora, por-

que yo os juro que no será jamás el pobre pueblo quien pague, dijo el ministro acentuando cada palabra con su siniestra sonrisa.

— ¿ Por qué ? preguntó la reina.

— Porque el pobre pueblo no tiene ya nada, respondió imperturbablemente el ministro ; y al que no tiene el rey le hace libre.

Dicho esto saludó y salió.

CAPÍTULO V.

ILUSIONES HALLADAS. — SECRETO PERDIDO.

Apenas M. de Calonne había atravesado la galería para volver á su casa, cuando la uña de una mano presurosa abrió la puerta del retrete de la reina.

Se presentó Juana diciendo :

— Señora, ahí está *él*.

— ¿El cardenal? preguntó la reina un poco sorprendida de la palabra *él*, que, pronunciada por una mujer, significaba tantas cosas.

No terminó la frase, cuando Juana había introducido ya á M. de Rohán y despedídose, estrechando á hurtadillas la mano del protector protegido.

El príncipe se halló solo, á tres pasos de la reina, á quien hizo respetuosamente los saludos obligados.

Al ver aquella reserva llena de tacto, la reina se conmovió, y alargó la mano al cardenal, que aun no había levantado los ojos hacia ella.

— Señor, dijo la reina, me han contado de vos una acción que borra muchas faltas.

— Permitidme, señora, afirmaros, dijo el príncipe temblando con una emoción que no era afectada, que las faltas de que habla V. M. quedarían muy atenuadas con una ligera explicación entre vos y yo.

— Yo no os prohibo el justificaros, replicó la reina con dignidad, pero lo que me diríais derramaría una sombra sobre el amor y el respeto que profeso á mi país y á mi familia. Vos no podéis disculparos sin ofenderme, señor cardenal. Pero, mirad, no toquemos á ese fuego mal apagado, porque quizás quemaría aún vuestros dedos ó los míos; el veros bajo la nueva luz que os ha revelado á mí, obsequioso, respetuoso, adicto...

— Adicto hasta la muerte, interrumpió el cardenal.

— En buen hora; pero hasta ahora sólo se trata de la ruina, dijo María Antonieta sonriendo. ¿Me seréis adicto hasta la ruina, señor cardenal? Eso es muy bello, excesivamente bello. Afortunadamente tengo mis cosas en orden; vos viviréis y no seréis arruinado, á no ser que os arruinéis por vos mismo, como dicen.

— Señora...

— Esos son negocios que sólo os conciernen á vos : aunque como amiga, puesto que somos ya buenos amigos, os daré un consejo : Sed económico, pues es una virtud pastoral, y el rey os amará más siendo económico que siendo pródigo.

— Por agradar á V. M. me haré hasta avaro.

— El rey no ama tampoco á los avaros, replicó la reina con un tono delicado.

— Me haré lo que quiera V. M., interrumpió el cardenal con una pasión mal disfrazada.

— Os decía pues, prosiguió la reina interrumpiéndolo

bruscamente, que no seríais arruinado por mi causa. Vos habéis respondido por mí, y os doy las gracias, pero tengo con qué dejar airosos mis compromisos, y de consiguiente no volváis á ocuparos de ese negocio, que, desde el primer pago, correrá exclusivamente de mi cuenta.

— Para que el negocio quede terminado, señora, me resta presentar el collar á V. M., dijo entonces el cardenal inclinándose.

Al mismo tiempo sacó de su bolsillo el estuche y lo presentó á la reina. Esta ni siquiera lo miró, lo cual revelaba en ella un vivísimo deseo de verlo, y trémula de alegría lo puso sobre un ropero que tenía allí á la mano.

En seguida el cardenal dijo algunas palabras de urbanidad que fueron muy bien recibidas, y luego volvió á lo que había dicho la reina á propósito de su reconciliación.

Pero como la reina se había prometido no mirar el collar en su presencia, y estaba ardiendo en deseo de verlo, le escuchó con distracción.

Por distracción igualmente, le abandonó su mano, que él besó con entusiasmo. Entonces se despidió, creyendo incomodar, lo cual le colmó de alegría, porque un simple amigo no incomoda jamás, y un indiferente menos aun.

Así pasó esa entrevista, que cicatrizó todas las llagas del corazón del cardenal. Este salió del cuarto de la reina entusiasmado, ebrio de esperanza y dispuesto á probar á madama de La Motte una gratitud sin límites por la negociación á que tan felizmente había dado cima.

Juana le aguardaba en su carroza á cien pasos de la barrera, y recibió la ardiente protesta de su amistad.

— Y bien; ¿seréis Richelieu ó Mazarín? dijo después de la primera explosión de aquella gratitud. El labio aus-

triaco ¿ha alentado vuestra ambición ó vuestra ternura? ¿estáis lanzado en la política ó en la intriga?

— No os riáis, querida condesa, dijo el príncipe; estoy loco de felicidad.

— ¡Ya!

— Ayudadme, en tres semanas puedo hallarme al frente de un ministerio.

— ¡Carambola! ¡y en tres semanas! ¡qué largo es! Las primeras letras vencen dentro de quince días.

— ¡Oh! todas las felicidades llegan á un mismo tiempo; la reina tiene dinero, pagará, y yo habré tenido el mérito de la intención solamente. Es demasiado poco honor, condesa, es demasiado poco. Dios me es testigo de que habría pagado gustoso quinientas millibras por esta reconciliación.

— Perded cuidado, que ya tendréis ese mérito además de los otros, interrumpió la condesa sonriendo. ¿Tenéis grande empeño en ello?

— Confieso que lo preferiría; pues estándome obligada la reina...

— Monseñor, tengo un presentimiento de que gozaréis de esa satisfacción. ¿Os halláis preparado para eso?

— He mandado vender los últimos bienes que me quedaban, y he empeñado mis rentas del año próximo y mis beneficios.

— Entonces ¿tenéis las quinientas mil libras?

— Las tengo, sólo que, una vez hecho ese pago, no sabré cómo hacer.

— Ese pago nos da un trimestre de tranquilidad, exclamó Juana. Y en tres meses ¡cuántos acontecimientos pueden ocurrir, Dios mío!

— Es verdad; pero el rey ha mandado decirme que no vuelva á contraer deudas.

— Una permanencia de dos meses en el ministerio bastará para redondear todas vuestras cuentas.

— ¡ Oh ! condesa...

— No os rebeléis. Si vos no lo hicieseis, lo harían vuestros primos.

— Siempre tenéis razón. ¿ Adónde vais ?

— Á ver á la reina, para saber el efecto que vuestra presencia ha producido.

— Muy bien. Yo me vuelvo á París.

— ¿ Por qué ? Esta noche vendréis al juego, pues es de buena táctica : no abandonéis el terreno.

— Desgraciadamente tengo que hallarme en una cita que me han dado esta mañana antes de venir.

— ¿ Una cita ?

— Y bastante curiosa, si he de juzgar por el contenido del billete que he recibido. Mirad.

— Letra de hombre, dijo la condesa, y leyó :

« Monseñor, una persona desea hablaros sobre el cobro de una suma importante. Esa persona se presentará esta noche en vuestra casa, en París, para obtener el honor de una audiencia. »

— Es un anónimo... Algún mendigo.

— No, condesa ; no se expone uno sin más ni más á ser apaleado por mis criados por haberse burlado de mí.

— ¿ Lo creéis así ?

— No sé por qué, pero me parece que conozco esta letra.

— Entonces id, monseñor ; además nunca se aventura mucho con las personas que prometen dinero. Lo peor sería que no pagasen. Adiós, monseñor.

— Condesa, hasta otra vista.

— Ahora que me acuerdo, monseñor, voy á deciros dos cosas.

— ¿ Cuáles son ?

— ¿ Si, por casualidad, recibieseis una suma crecida ?

— Y bien, condesa, ¿ qué ?

— Alguna cosa perdida ; ¡ un hallazgo, un tesoro !

— Ya os entiendo, picarilla ; ¿ queréis decir que lo repartiremos entre los dos ?

— ¡ Á fe mía, monseñor !

— Condesa, vos sois para mí de buen agüero ; ¿ por qué no he de teneroslo en cuenta ? Lo repartiremos. Ahora decíme la otra cosa.

— Hela aquí : cuidado no encentéis las quinientas mil libras.

— ¡ Oh ! no tengáis miedo.

Dicho esto, se separaron, y el cardenal volvió á París en una atmósfera de felicidades celestes.

En efecto, hacía dos horas que su vida había cambiado de faz. Si sólo estaba enamorado, la reina acababa de darle más de lo que habría osado esperar de ella ; y si era ambición, le hacía esperar aún más.

El rey, hábilmente conducido por su mujer, se hacía el instrumento de una fortuna á la que en lo sucesivo nada podía poner coto. El príncipe Luis se sentía lleno de ideas ; tenía más genio político que ninguno de sus rivales ; entendía la cuestión de mejoras ; unía al clero con el pueblo para formar una de esas sólidas mayorías que gobiernan largo tiempo por la fuerza y el derecho.

Poner á la cabeza de ese movimiento de reforma á la reina á quien adoraba, y cuya impopularidad cada vez mayor se habría convertido en una popularidad sin igual : tal era el sueño del prelado, y ese sueño, una sola palabra de la reina María Antonieta podía convertirlo en una realidad.

Entonces el atolondrado renunciaba á sus triunfos fáciles, el mundano se hacía filósofo, el ocioso se hacía un trabajador incansable. Para los caracteres grandes es una tarea fácil el cambiar la palidez del desenfreno por la fatiga del estudio. M. de Rohán habría ido lejos, arrastrado por ese fogoso tiro llamado el amor y la ambición.

Desde su vuelta á París, se creyó ya manos á la obra: sin perder un momento quemó una cajita llena de billetes amorosos, llamó á su mayordomo para ordenarle varias reformas, mandó á un secretario tajar plumas para escribir memorias sobre la política de la Inglaterra que él comprendía á las mil maravillas, y al cabo de una hora de trabajo, volvía á entrar en la posesión de sí mismo, cuando un campanillazo, que resonó en su gabinete, le advirtió la llegada de una visita importante.

Se presentó un portero.

— ¿Quién está ahí? le preguntó el prelado.

— La persona que ha escrito esta mañana á monseñor.

— ¿Sin firmar?

— Sí, monseñor.

— Pero esa persona debe tener un nombre. Preguntadle cómo se llama.

Al cabo de un momento volvió el portero y dijo:

— El señor conde de Cagliostro.

El príncipe se estremeció.

— Que pase adelante.

El conde entró, y luego se cerraron de nuevo las puertas.

— ¡Gran Dios! exclamó el cardenal. ¿Qué es lo que estoy viendo?

— ¿No es verdad, monseñor, que no estoy muy cambiado? dijo Cagliostro con una sonrisa.

— ¡Es posible!... murmuró M. de Rohán. ¡José Bálsamo vivo, cuando decían que había muerto en el incendio! ¡José Bálsamo!...

— Conde de Fénix, vivo, sí, monseñor, y más vivo que nunca.

— Pero entonces, caballero, ¿con qué nombre os presentáis... y por qué no haber conservado el antiguo?

— Monseñor, precisamente porque es antiguo, y me trae á la memoria, primero á mí y luego á los otros, demasiados recuerdos tristes ó incómodos. Para no hablar más que de vos, monseñor, decidme, ¿no habrías cerrado la puerta á José Bálsamo?

— ¿Yo? de ninguna manera, caballero.

Y el cardenal, que aun no había vuelto en sí de su asombro, siquiera ofrecía un asiento á Cagliostro.

— Entonces es porque V. E. tiene más memoria y probidad que todos los hombres juntos, repuso Cagliostro.

— Caballero, en otro tiempo me hicisteis un servicio tal...

— ¿No es verdad, monseñor, interrumpió Bálsamo, que no he variado de edad, y que soy una bella muestra de los resultados de mis gotas de vida?

— Lo confieso, caballero: pero vos sois superior á la humanidad, vos que dispensáis liberalmente el oro y la salud á todos.

— La salud, no digo que no, monseñor; pero el oro... ¡oh! no.

— ¿No hacéis ya oro?

— No, monseñor.

— ¿Y por qué?

— Porque he perdido la última partícula de un ingrediente indispensable que mi maestro el sabio Althotas me

había dado después de su salida de Egipto. Era la única receta que yo no he poseído nunca como propia.

— ¿La ha guardado él ?

— No... es decir, sí, la ha guardado, ó llevado consigo al sepulcro, si queréis.

— ¿ Ha muerto ?

— Le he perdido.

— ¿ Cómo no habéis prolongado la vida de ese hombre, indispensable poseedor de la indispensable receta, vos que, según decís, os habéis conservado vivo y joven por espacio de siglos ?

— Porque yo lo puedo todo contra la enfermedad, contra las heridas, pero nada contra el accidente que mata sin que me llamen.

— ¿ Fué un accidente el que puso fin á la vida de Althotas ?

— Habéis debido saberlo, puesto que sabíais mi muerte.

— Aquel incendio de la calle de San Claudio en que habéis desaparecido.

— Ha matado solamente á Althotas, ó más bien el sabio, cansado de la vida, quiso morir.

— Es singular.

— No, es natural. Yo he pensado cien veces en acabar con mi vida.

— Sí, pero á pesar de eso habéis persistido en vivir.

— Porque he escogido un estado de juventud en que la hermosa salud, las pasiones, los placeres del cuerpo me proporcionan aun alguna distracción. Althotas, por el contrario, había elegido el estado de la vejez.

— Althotas debía haber hecho como vos.

— No tal, él era un hombre profundo y superior; de todas las cosas de este mundo sólo quería la ciencia, y esta

juventud de sangre imperiosa, estas pasiones, estos placeres, le habrían separado de la eterna contemplación. Monseñor, conviene mucho el estar siempre exento de fiebre: para pensar bien, es preciso poder absorberse en una somnolencia imperturbable.

El viejo medita mejor que el joven; así cuando se apodera de él la tristeza, no queda ningún remedio. Althotas murió víctima de su amor á la ciencia. Yo vivo como un mundano, pierdo mi tiempo y no hago absolutamente nada: soy una planta... no oso decir una flor; yo no vivo, respiro.

— ¡ Oh ! murmuró el cardenal. He aquí que con el hombre resucitado renacen todos mis pasmos. Caballero, vos me trasladáis á aquel tiempo en que la magia de vuestras palabras, en que lo maravilloso de vuestras acciones doblaban todas mis facultades y realizaban á mis ojos el mérito de una criatura. Vos me recordáis los sueños de mi juventud. Sabéis que hace diez años os aparecisteis á mí.

— Bien lo sé; sí, sí, mucho hemos bajado ambos. Monseñor, yo no soy ya un sabio, sino un doctor. Vos no sois ya un bello joven, sino un bello príncipe. ¿ Recordáis, monseñor, aquel día en que, juntos en mi gabinete rejuvenecido hoy por las alfombras, os prometía el amor de una joven cuyos rubios cabellos había consultado mi adivina ?

El cardenal palideció; luego, de súbito, se ruborizó; pues el terror y la alegría acababan de suspender sucesivamente los latidos de su corazón.

— Me acuerdo, dijo, pero confusamente...

— Veamos, dijo Cagliostro sonriendo, veamos si puedo aún pasar por un mágico. Aguardad que me fije en esta idea.

Y se puso á reflexionar.

— Aquella rubia criatura de vuestros sueños amorosos,

dijo después de un rato de silencio, ¿ dónde está ? ¿ qué hace ?... ¡ Ah, pardiez ! la veo... sí... y vos mismo la habéis visto hoy. Hay más aun : acabáis de salir de su lado.

El cardenal apoyó una mano helada sobre su palpitante corazón.

— ¡ Caballero, por favor !... dijo en voz tan baja, que Cagliostro apenas lo oyó.

— ¿ Queréis que hablemos de otra cosa ? dijo el adivino con urbanidad. ¡ Oh ! estoy completamente á vuestras órdenes, monseñor : así os ruego dispongáis de mí.

Y se tendió con bastante libertad sobre un sofá que el cardenal había olvidado indicarle desde el principio de esta interesante conversación.

CAPÍTULO VI.

EL DEUDOR Y EL ACREEDOR.

El cardenal miraba á su huésped obrar, con un aire casi atontado.

— Y bien, dijo éste ; ahora que hemos renovado nuestro conocimiento, hablemos, monseñor.

— Sí, repuso el prelado serenándose poco á poco ; sí, hablemos de ese cobro que... que...

— Que os indicaba en mi carta, ¿ no es eso ? Vuestra Eminencia tiene prisa de saber...

— ¡ Oh ! eso era un pretexto, ¿ no es verdad ? Á lo menos tal es mi presunción.

— No, monseñor, nada de eso ; os aseguro que era una realidad, y de las más serias. Ese cobro vale muy bien la pena de que se efectúe, puesto que se trata de quinientas mil libras, y que ésta es una suma muy buena.

— Y una suma que vos me habéis prestado con la mayor generosidad, exclamó el cardenal asomando á su rostro una ligera palidez.

— Sí, monseñor, que yo os he prestado, repitió Bálamo: me complazco en ver una memoria tan buena en un gran príncipe como vos.

El cardenal había recibido el golpe, y sentía que un frío sudor descendía de su frente á sus mejillas.

— He creído un momento, dijo tratando de sonreír, que José Bálamo, el hombre sobrenatural, había llevado consigo su crédito á la tumba, como había arrojado mi recibo al fuego.

— Monseñor, respondió el conde con gravedad, la vida de José Bálamo es indestructible, como lo es esa hoja de papel que vos creéis aniquilada. La muerte no tiene ningún poder contra el elixir de la vida; el fuego no lo tiene contra el amianto.

— No comprendo, dijo el cardenal, cuyos ojos se ofuscaban.

— Estoy seguro de que vais á comprender, monseñor, dijo Cagliostro.

— ¿De qué modo?

— Reconociendo vuestra firma.

Y presentó un papel doblado al príncipe, quien aun antes de desdoblarlo exclamó:

— ¡Mi recibo!

— Sí, monseñor, vuestro recibo, respondió Cagliostro con una ligera sonrisa, mitigada por una fría reverencia.

— Sin embargo vos lo habéis quemado, caballero, y yo mismo ví la llama.

— Es verdad que he arrojado este papel al fuego, dijo el conde; pero, como os he dicho, monseñor, quiso la casualidad que vos escribierais sobre un pedazo de amianto, en lugar de escribir sobre un papel ordinario; de manera

que he vuelto á hallar el recibo intacto sobre los carbones consumidos.

— Caballero, dijo el cardenal con cierta altivez, porque creía ver en la presentación de aquel recibo una prueba de desconfianza, tened entendido que yo no habría negado mi deuda sin ese papel, así como no la niego con él; de consiguiente habéis hecho mal en engañarme.

— ¡Yo engañaros, monseñor! Os juro que no me ha pasado semejante intención por la cabeza.

El cardenal hizo una señal de cabeza, diciendo:

— Vos me habéis hecho creer que el recibo quedaba aniquilado.

— Fué para dejaros gozar tranquilamente de las quinientas mil libras, respondió Bálamo á su vez con un ligero movimiento de hombros.

— Pero en fin, caballero, prosiguió el cardenal, ¿cómo es que en diez años no habéis reclamado el pago de semejante suma?

— Porque sabía, monseñor, que estaba en buenas manos. Los acontecimientos, el juego y los ladrones me han ido despojando de todos mis bienes; pero como sabía que tenía ese dinero en parte segura, he tenido paciencia y aguardado hasta el último momento.

— ¿Y ha llegado el último momento?

— ¡Ah! sí, monseñor.

— De suerte que ya no podéis aguardar más.

— Efectivamente, me es imposible, respondió Cagliostro.

— Según eso, ¿me reclamáis vuestro dinero?

— Sí, monseñor.

— ¿Hoy mismo?

— Si tenéis á bien.

El cardenal guardó un silencio lleno de desesperación, luego dijo con voz alterada:

— Señor conde, los desgraciados príncipes de la tierra no improvisan fortunas tan rápidas como vosotros los encantadores, que mandáis á los espíritus de las tinieblas y las luces.

— ¡Oh! monseñor, repuso Cagliostro, estad persuadido de que yo no os habría reclamado esa suma, si no supiese de antemano que la tenéis.

— ¡Yo tengo quinientas mil libras! exclamó el cardenal.

— Tenéis 30, 000 libras en oro, 10, 000 en plata, y las restantes en bonos del Tesoro.

El cardenal palideció.

— Las cuales están ahí en este armario de Boule, prosiguió Cagliostro.

— ¡Oh! caballero, ¿vos sabéis eso?

— Sí, monseñor; y sé también todos los sacrificios que os ha costado el proporcionaros esa suma. Hasta he oído decir que habéis comprado esa suma por un doble de su valor.

— ¡Oh! eso es muy cierto.

— Pero...

— Pero ¿qué?... exclamó el desgraciado príncipe.

— Pero yo, monseñor, prosiguió Cagliostro, en estos diez años he estado veinte veces á punto de morirme de hambre ó de apuros al lado de ese papel que representaba para mí medio millón; y sin embargo, por no incomodaros, he aguardado. De consiguiente creo, monseñor, que estamos pagos en cuanto á sacrificios.

— ¡Pagos, caballero! exclamó el príncipe. ¡Oh! no digáis que estamos pagos, puesto que os queda la ventaja de haberme prestado tan generosamente una suma de esa

importancia. ¡Pagos!... ¡Oh! no, yo os estoy y os estaré eternamente agradecido; sólo, señor conde, os pregunto ¿por qué, pudiendo en estos diez años pedirme esa suma, habéis guardado silencio? En este tiempo habría yo tenido veinte ocasiones de devolveros vuestro dinero sin violentarme.

— ¿Mientras que hoy? prosiguió Cagliostro.

— ¡Oh! hoy, no os ocultaré, exclamó el príncipe, que ese pago que me exigís... porque vos me lo exigís, ¿no es verdad?

— ¡Ah! monseñor...

— Pues bien, me pone en un horrible embarazo.

Cagliostro hizo con la cabeza y los hombros un ligero movimiento que significaba: ¿Qué queréis, monseñor? así es, y no puede ser de otro modo.

— Pero vos que lo adivináis todo, exclamó el cardenal; vos que sabéis leer en el fondo de los corazones, y hasta en el fondo de los armarios, que es algunas veces peor, no ignoráis probablemente por qué tengo tanto empeño en conservar este dinero, y cuál es el uso misterioso y sagrado á que lo destino.

— Os equivocáis, monseñor, dijo Cagliostro con un tono glacial; no, yo no sé nada de eso; pues mis secretos personales me han acarreado bastantes pesares, decepciones y miserias, para que vaya también á ocuparme de los ajenos, á no ser que me interesen. Me interesaba saber si vos tenéis ese dinero, poco me importaba el saber el uso á que lo destinabais. Por otra parte, monseñor, si en este momento supiese la causa de vuestro embarazo, quizás me parecería muy grave y tan respetable, que tendría la debilidad de aguardar todavía, lo cual, os repito, en las circunstancias actuales me ocasionaría el mayor perjuicio. De consiguiente prefiero ignorarla.

— ¡ Oh, caballero ! exclamó el cardenal, cuyo orgullo y susceptibilidad acababan de despertarse con estas últimas palabras, al menos no creáis que yo trato de excitar vuestra compasión hacia mis embarazos personales ; vos tenéis vuestros intereses, los cuales están representados y garantidos por este billete ; este billete está firmado de mi mano, y basta. Vais á cobrar vuestras quinientas mil libras.

Cagliostro se inclinó.

— Sé bien, prosiguió el cardenal devorado por el dolor de perder en un minuto tanto dinero penosamente reunido, sé bien, caballero, que este papel no es más que un reconocimiento de la deuda, y que no fija el plazo de su pago.

— Dignese V. E. dispensarme, replicó el conde ; pues me refiero á la letra de este recibo, y veo escrito en él :

« Reconozco haber recibido de M. José Bálsamo la suma de 500, 000 libras, que le pagaré á su primera petición.

» *Firmado*: LUIS DE ROHÁN »

El cardenal sintió un calofrío en todo su cuerpo : no sólo había olvidado la deuda, sino también los términos en que estaba reconocida.

— Ya veis, monseñor, prosiguió Bálsamo, que yo no pido lo imposible. Si no podéis pagar, nada digo ; sólo siento que Vuestra Eminencia dude al parecer que la suma ha sido prestada por José Bálsamo espontáneamente en una hora suprema ; ¿ y á quién ? Al cardenal de Rohán, á quien no conocía. Me parece que ese ha sido un rasgo de gran señor, que M. de Rohán, tan grande señor bajo todos conceptos, habría podido imitar en la restitución. Pero vos nabéis opinado que no debía hacerse así, y no hablemos más de ello : recojo mi billete. Adiós, monseñor.

Y Cagliostro dobló fríamente el papel y se disponía á meterse en el bolsillo, cuando el cardenal le detuvo diciéndole :

— Señor conde, un Rohán no permite que ninguno en este mundo le dé lecciones de generosidad. Además, en este caso sólo sería una simple lección de probidad. Os ruego que me entreguéis este billete para que yo lo pague.

Entonces tocó á Cagliostro el vacilar : el rostro pálido, los ojos hinchados y la trémula mano del cardenal parecían excitar en su alma una vivísima compasión.

El cardenal, á pesar de todo su orgullo, comprendió esa buena idea de Cagliostro, y esperó por un momento que sería seguida de un buen resultado ; pero de repente, los ojos del conde tomaron un aspecto severo, apareció una nube en su entrecejo, y alargó el billete al cardenal.

M. de Rohán, herido en el corazón, no perdió un instante : se dirigió al armario que Cagliostro había señalado, y sacó un manajo de billetes contra la Caja de aguas y de Bosques ; en seguida indicó con el dedo varios sacos de plata, y sacó una naveta llena de oro.

— Señor conde, dijo, aquí tenéis vuestras quinientas mil libras : sólo que aun os quedo debiendo otras doscientas cincuenta mil libras por los réditos, admitiendo que rehuséis los réditos compuestos, que formarían una suma más considerable. Voy á mandar á mi mayordomo que extienda la cuenta, y á daros garantías para ese pago, rogándoos tengáis á bien otorgarme un plazo.

— Monseñor, respondió Cagliostro, yo he prestado quinientas mil libras á M. de Rohán, y M. de Rohán me debe quinientas mil libras, y nada más. Si yo hubiese deseado cobrar réditos, los habría estipulado en el recibo. Mandata-

rio ó heredero, como gustéis, de José Bálsamo, porque José Bálsamo ha muerto en realidad, yo no debo aceptar más que las sumas expresadas en el recibo. De consiguiente tomo los billetes, monseñor, y como tengo una urgente necesidad de toda la suma en este mismo día, enviaré á buscar el oro y la plata, que os ruego me tengáis prontos.

Y dichas estas palabras, á las que el cardenal no halló que replicar, Cagliostro se metió los billetes en el bolsillo, saludó respetuosamente al príncipe, en cuyas manos dejó el recibo, y se retiró.

— La desgracia solo recae sobre mí, dijo M. de Rohán suspirando, después de la salida de Cagliostro, puesto que la reina se halla en posibilidad de pagar, y que, á lo menos, á ella no irá un José Bálsamo inesperado á reclamarle un atraso de quinientas mil libras.

CAPÍTULO VII.

CUENTAS CASERAS.

Era ya la antevíspera del primer pago indicado por la reina, y M. de Calonne no había cumplido aún sus promesas; sus cuentas no estaban aprobadas por el rey.

La causa de este retardo nacía de que el ministro había tenido muchas cosas que hacer, y había olvidado un poco á la reina. Esta, por su parte, no creía propio de su dignidad el refrescar la memoria del ministro de Hacienda: habiendo recibido su promesa, aguardaba.

Sin embargo, principiaba ya á inquietarse é informarse, y á idear los medios de hablar á M. de Calonne sin comprometer á la reina, cuando le llegó un billete de su ministro en que éste decía:

« Esta tarde será firmado en el consejo el negocio de que V. M. me ha hecho el honor de encargarme, y mañana por la mañana estarán los fondos en poder de la reina. »

Con la lectura de este billete, recobraron toda su alegría los labios de María Antonieta, la cual desde entonces ya no pensó en nada, ni siquiera en aquella mañana tan pesada.